

Él. »Historia Corta«

Mireia Oliver



Image not found.

Capítulo 1

Prefacio.

Madeline se preparó, como cualquier día. Se miró al espejo y sonrió. Estaba lista. Bajó las escaleras tan rápido como pudo. Debía darse prisa si no quería llegar tarde. Abrió la puerta y se precipitó al exterior. La falda volaba a su alrededor a medida que corría. Se ajustó el top blanco y la chaqueta, aún con el viento envolviéndola. Como pudo, sin dejar de correr, se recogió el pelo en un sencillo moño. Como los que solía hacerse para las competiciones de gimnasia. Un mechón ondulado se escapó, colgándole frente a la cara, convirtiéndolo en un moño desenfadado.

Se detuvo frente el Smöoy. Era el único que había en el pueblo, por lo que no había pérdida. No había nadie en la puerta, ni tampoco dentro, salvo los empleados ataviados con un uniforme rosa. Miró el reloj. Quedaban cinco minutos para que se diera la hora acordada. Cogió aire y lo soltó. Se sentó en el banco más próximo a la heladería, de espaldas a la carretera. Iba a conocerle. Jeremiah. Un chico con el que llevaba hablando desde hacía meses, y por fin le había propuesto quedar. Madeline sentía que se moría. Sólo de pensarlo, el estómago se le comprimía. No lo había visto nunca. No sabía cuál era su aspecto. No sabía nada más de Jeremiah que lo que él le había contado. De pronto, empezó a pensar que todo era demasiado acelerado. ¿Y si él no era quien le había hecho creer? El aspecto no le importaba en absoluto. Había conseguido enamorarla con su carácter. Pero... ¿Y si era un treintañero? ¿O un cuarentón?

Posó su blanquecina mano en el brazo del banco. Temblaba como una hoja mecida por el viento de otoño. El corazón le latía demasiado rápido. Se levantó del banco como si le hubiesen clavado algo en el culo. Debía irse, antes de que fuese demasiado tarde. O bien podía fingir. Él tampoco sabía cuál era su aspecto. Podría disimular. Empezó a caminar lejos de la yogurtería, pero una voz masculina, llamándola por su nombre, le hizo detenerse.

—¿Madeline Owen?

Se giró.

—¿Es a mí? —Preguntó ella, levantando la vista hacia el chico, y por poco no cae redonda al suelo.

—Sí. ¿Eres tú Madeline Owen?

Madeline dudó en contestar. Se veía que no era mucho mayor que ella. Pero aún así, podía ser, perfectamente, un violador. Reculó unos pasos,

asintiendo. El chico sonrió.

—Soy Jerome. Jerome Nordott.

Madeline frunció el ceño y detuvo sus pasos. Se quedó clavada en el suelo. Había algo que no encajaba. El chico con el que llevaba hablando bastante tiempo no se llamaba así. El apellido coincidía, pero el nombre no.

—¿Jerome? —Preguntó, confusa. Sin embargo, el chico sonrió.

—Oh, disculpa, Madeline. No usé mi verdadero nombre en la red. Mi nombre real es Jerome. Jerome... Jeremiah... No distan mucho el uno del otro, ¿no crees?

Ella negó. Siguió reculando. Él se dio cuenta de lo que ella hacía y bajó la mirada, perdiendo la sonrisa. Suspiró. Ella se detuvo de nuevo.

—Si quieres irte, hazlo. No quiero obligarte a nada. Podemos seguir hablando por internet... O podría darte mi número. Lamento haber mentido sobre mi nombre.

—¿Y cómo sé que no has mentido en todo lo demás?

—Juro que no lo he hecho. Mis sentimientos por ti son muy reales, Madeline.

—Aléjate. No quiero saber nada de ti, Jerome. ¿O debería llamarte Jeremiah?

—Mi nombre real es Jerome. Pero...

—¡Cállate! —Espetó ella—. Has repetido varias veces esa frase. Pero ya no sé que creer de ti, Jerome. Igual llevas viviendo en este pueblo desde siempre, y llevas riéndote de mí desde que hablamos por primera vez. No vuelvas a escribirme.

Madeline dio media vuelta y echó a correr lejos de ese apuesto chico, dejándolo abatido sobre los adoquines de la calle, frente un establecimiento rosado.

Capítulo 2

Uno.

Habían pasado tres días desde que Madeleine había visto a Jerome por vez primera. Y aún así no podía sacárselo de la cabeza. Era como si él le hubiese instalado ahí y no tuviera intención de salir. Ella, por todos los medios, había intentado todo lo que tenía al alcance. Había borrado su perfil en aquella red social en la que se habían conocido. Había intentado borrar la existencia de Jerome. Pero él siempre encontraba la manera de hacerse de notar. Madeleine suspiró, dejándose caer sobre el colchón. Su teléfono empezó a vibrar encima de la mesilla de noche. Se estiró hacia allí y lo cogió cuando acababa de dar el tercer tono.

—¡Madeleine! —Exclamó Edisa, desde la otra línea del teléfono.

—¡Dios, Edisa! —Resopló la otra—. ¿Pretendes dejarme sorda?

—Tal vez. —Respondió Edisa, con fingida inocencia.

—¿Qué es lo que quieres?

—Saberlo todo, Madeleine. ¡Todo!

Madeleine dejó escapar lentamente el aire entre sus labios. Se armó de valor y le contó todo lo ocurrido frente al Smöoy a su mejor amiga. Ella, lejos de interrumpirla, escuchó en un sepulcral silencio todo lo que Madeleine contaba. Casi podía decirse que no respiraba. Cuando ésta terminó su relato, Edisa casi cruza la línea del teléfono para estrangularla.

—¿Pero acaso eres idiota o te lo haces? —Gritó. Madeleine se apartó el auricular del oído.

—No. Ni una cosa ni la otra. —Negó con la cabeza, a pesar de que su amiga no pudiera verla—. Si me ha mentido en su nombre, podría haberme mentido en todo lo demás.

—Madeleine, céntrate. Sólo ha cambiado unas letras de su nombre. No es tan grave. No es el fin del mundo, ¡por el amor de Dios!

Madeleine se mantuvo unos minutos en silencio. Edisa tampoco dijo nada, ya que sabía a la perfección que su amiga necesitaba cierto tiempo para pensar, o no actuaba en consecuencia a su razón. Edisa oyó un suspiro. Momento que aprovechó para atacar.

—¿Y bien? ¿Vas a seguir haciendo sufrir al pobre chico?

—¿Tú crees que...?

—Sí, lo creo. —Interrumpió de malas formas, Edisa—. Llámale.

—No tengo su teléfono.

—Pues... Contacta con él.

Madeleine se mordió el labio inferior, sin responder. Edisa gruñó.

—Eres un caso perdido.

Jerome salió del hotel en el que llevaba tres días alojándose. Y lo único que era capaz de pensar era en la reacción de Madeleine Owen. En aquello y en todas sus conversaciones. Él sabía que ella era una chica insegura, tímida. Pero era incapaz de entender por que había salido corriendo, ni

por que tenía ya esa intención incluso antes de que él le hablara. Si algo tenía claro Jerome era que no iba a dejarla escapar fácilmente. Necesitaba a Madeleine más que a su propia vida. Tenía claro que haría todo lo posible, que llegaría hasta el límite de sus posibilidades, y que incluso, estaba dispuesto a intentar volver a enamorarla. Y para ello, no pensaba dejar el hotel de mala muerte en el que se alojaba hasta que ella fuera suya. No era una obsesión, o tal vez sí lo fuera. Madeleine era su especie de droga. Y eso que aún no había tenido la oportunidad de rozarla siquiera, y eso era lo que más anhelaba. Poder estrecharla entre sus brazos y besarla, como tantas veces había imaginado. Poder llevar a la práctica aquello que habían simulado en sus conversaciones internautas.

—Perdona. —Dijo una voz femenina a sus espaldas. Jerome se giró.

—Dime. —Esbozó una sonrisa.

La chica en cuestión era algo más baja que él. Con el pelo a la altura de la barbilla, oscuro y rizado. Era delgada, pero no en demasía. Vestía pantalones cortos y una camiseta de tirantes por dentro de éstos. Para complementar su atuendo, unas Vans azules y millones de pulseras alrededor de sus dos muñecas y una de ellas en el tobillo izquierdo. Era una trenza de colores.

—¿Eres Jerome Nordott?

El chico frunció el ceño y asintió. Ella sonrió, iluminando todo a su alrededor con su blanca dentadura. Con la cabeza, señaló un banco donde otra chica, a la que reconoció al instante, estaba sentada con las piernas cruzadas y la mirada posada en los adoquines del paseo marítimo en el que se encontraban. A Jerome el corazón le dio tres volteretas mortales. Madeleine enfrentaba sus dedos a pequeñas luchas nerviosas. Levantó la vista y clavó su castaña mirada en él. Su cabello castaño caía en cascada por su espalda, a excepción de dos mechones que colgaban a cada lado de su ovalado rostro. Jerome resistió su impulso de ir hasta allí para apartárselos. Vestía de forma similar a la chica morena, a excepción de la multitud de pulseras. Madeleine tenía las muñecas y los tobillos totalmente desnudos.

—Bien, creo que la reconoces. Pues yo soy su mejor amiga. —Dijo la morena—. Me llamo Edisa.

Jerome desvió la mirada de Madeleine y la clavó en la chica. Ella le informó de que si no fuera por sus dotes de convicción, Madeleine no estaría allí sentada esperando a hablar con él. Y Edisa, incluso, le prometió que la castaña no volvería a salir corriendo. Él, cuando la morena le dejó libre el paso, se acercó a ella. Madeleine rehusó levantar la vista hasta que él pronunció su nombre, y cuando sus ojos conectaron, Jerome advirtió el sonrojo al que estaban sometidas sus mejillas. Sonrió de lado con dulzura, lo que hizo que Madeleine se sonrojara aún más, si eso era posible.

—Hola. —Dijo él.

—Hola... —Respondió la otra.

—Soy Jerome Nordott, encantado de conocerte.

Madeleine se rió y él le tendió la mano izquierda con una sonrisa. Ella, tras presentarse de una forma similar a la suya, se levantó del banco,

cogiendo al chico de la mano. Jerome, sin poderse resistir, la abrazó por la cintura. Y se sorprendió de que ella le correspondiese, rodeándolo por el cuello.

—Ajá, muy bien. No pienso estar de aguanta velas, señores. —Se quejó Edisa.

—Aguafiestas. —Masculló Madeleine, separándose.

Las dos amigas le hicieron una visita turística por el pueblo. No había mucho que ver, ya que era un pueblo murciano sumamente pequeño, y su único atractivo eran las calles vacías, el paseo marítimo y los distintos locales repartidos por ahí. Aún así, los tres disfrutaron como nunca.

En cuanto dieron las siete de la tarde, Edisa se excusó, diciendo que debía irse. Jerome sonrió, y Madeleine se puso nerviosa. Ella nunca había estado a solas con un chico, y no sabía bien que hacer. Edisa le proporcionaba la seguridad necesaria para no hundirse, pero sin ella, temía hacerlo. Es más, empezaba a sentir pánico y se le empezaron a formular miles de excusas en la mente para irse también. Pero se dijo a sí misma que no podía volver a hacerle eso al joven que tenía delante. Así que, caminaron hacia el Smöoy.

—¿Y si empezamos de cero? —Sugirió Jerome, cuando estuvieron frente al mismo banco en el que habían quedado días atrás.

—Bien. —Respondió ella, asintiendo—. Pero no vuelvas a presentarte, por favor.

Jerome rió y negó con la cabeza.

—Tranquila, no volveré a hacerlo. ¿Te parece bien si entramos?

—Me parece genial. —Le dijo Madeleine a Jerome, sonriendo.

Capítulo 3

Dos.

—¿Y bien? —Dijo Madeleine—. ¿Estudias, trabajas...?

—Esta pregunta es algo común, ¿no crees? Y puedo notar que tú no eres de esas.

Jerome colocó su mano derecha encima de las suyas, las cuales estaban encima de la mesa, moviéndose inquietas. Ella levantó la vista para posarla en sus ojos claros. Él, a su vez, sonrió. Madeleine, sin embargo, sonrojada, volvió a clavar la vista en la mesa. Jerome, sin embargo, con la mano restante, le hizo levantar la cara, colocándole el dedo índice bajo la barbilla.

—Trabajo. —Respondió él—. A la vez que estudio.

—¿Y cómo llevas eso? —Madeleine ladeó la cabeza—. El estudiar y trabajar a la vez.

—Bastante bien. El trabajo es de vez en cuando, cuando me llaman.

—Así que es un trabajo por encargo.

—Así es. —Jerome sonrió, pero no de forma seductora, como hacía antaño. A Madeleine le recorrió un espasmo de terror.

Una joven ataviada en un uniforme rosa, se acerca a ambos jóvenes, pero pasa de largo, temiendo que algo malo le suceda. Sin embargo, al pasar de nuevo, deja un pequeño papel delante de Madeleine, con sumo cuidado. Jerome, dándose cuenta, intentó interceptarlo. Ella, sin embargo, no se lo permite.

—¿Qué es eso, Mad? —Preguntó, con fingida dulzura.

—¿Mad? —Preguntó ella, a su vez, reacia a contestar.

—¿Te molesta que te llame así?

—Odio los diminutivos.

Madeleine deshizo la bola de papel y se dispuso a leerla, procurando tapar cualquier vía que tuviera Jerome para poder leerla. Había algo en él que aún no le inspiraba confianza. Releyó la nota varias veces, constatando de que la nota tenía sentido y que había leído bien. Debía tener muy mala cara, dado que Jerome la miraba con una seriedad inusual en él. Pero tampoco podía juzgar, dado que hacía poco que se habían visto por persona por vez primera.

—¿Qué dice la nota, Madeleine?

—Debo irme. —Contestó ella, mirando un reloj inexistente en su muñeca.

—Oh, no. No hasta que me respondas.

—Es... Un número de teléfono. —Se inventó.

—¿De quién? —Preguntó, entrecerrando los ojos.

—De mi hermano. —Respondió la camarera, quien se había colocado al lado de la chica, defendiéndola.

Jerome desadoptó su pose agresiva, y se repantigó en la silla, cruzándose de brazos. No medió palabra alguna, mientras Madeleine se levantaba y abandonaba el local. Ella, presa del pánico, salió corriendo de nuevo, por segunda vez desde que conocía a aquél joven misterioso.

—¿Qué le has puesto en esa servilleta? —Preguntó Jerome, con voz queda.

La camarera, lejos de asustarse, le plantó cara, manteniéndose en pie, junto a él sin moverse ni un ápice de su postura protectora.

—¿Qué más te da?

Él sonrió de lado, con el rostro semioculto por las sombras que le proporcionaba el ocaso del día y el local. Estaba adoptando una posición siniestra, que hizo a la muchacha trastabillar en su intento de parecer fuerte. Jerome se levantó de la mesa, tirando la silla tras de sí. La chica, sin embargo, presa del miedo, no se movió.

—Cómo pierda a esa chica, atente a las consecuencias.

Sin más, desapareció.

Madeleine cesó su carrera delante de la puerta de Edisa. Llamó al timbre repetidas veces, con el aliento entrecortado. Se oyeron pasos en su interior, como de zapatillas de andar por casa arrastrándose por el suelo de linóleo. La puerta se abrió, pero para Madeleine todo sucedía demasiado lento. Tras la madera apareció la madre de Edisa, con una cara de sufrimiento que denotaba que había llorado. Madeleine se asustó. Pero se disipó rápido cuando vio a su mejor amiga aparecer tras su madre. La morena la cogió por la muñeca y la hizo entrar en la destartada casa. Se encerraron en una habitación y ambas se pusieron a llorar casi a la misma vez.

—¿Qué ocurre? —Preguntaron ambas a la vez. Rieron por unos segundos, por esa compenetración, antes de volver a sus llantos.

—Jerome... —Murmuró Madeleine, entre hipos.

—Ese chico está en todos los embrollos posibles.

—¿Qué quieres decir?

Edisa suspiró, escondiendo su pequeña cara entre sus manos. La frotó en círculos durante un rato y miró a la castaña.

—Es peligroso, Madeleine. Debiste hacer caso a tu instinto. Lo siento.

—No te disculpes. ¿Tiene algo que ver eso que dices con... esto?

Madeleine le tendió la nota en una servilleta: La nota de la camarera.

Edisa la leyó, y en cuanto lo hizo, empezó a temblar. Edisa levantó la vista de nuevo, hacia ella.

—Estamos en serios apuros.